

¿QUE MODAS REGIRAN EN LA PROXIMA PRIMAVERA?

Lady Duff Gordon indica á sus lectoras cuáles son las ideas más bonitas para confeccionar elegantes "tea gowns."

Esta famosa modista, conocida con el nombre de "Lucilla," ilustra sus artículos con grabados tomados de los últimos y más lujosos modelos que figuran en las grandes casas de modas de París, Londres y Nueva York.

Hoy habla especialmente de los "tea gowns" y trata, además, de los más importantes detalles de las modas que ya se inician y que regirán en la próxima estación de primavera.

Entre los diversos trajes que figuran en el guardarropa de toda mujer elegante, hay unos á los que, en estos últimos tiempos, presta el gusto femenino mayor atención. Son los llamados "tea gowns," vestidos que participan de la sencillez del traje interior y del lujo de recibir. Una señora que reúne en su casa á algunos amigos íntimos, para ofrecerles una taza de té, viste esta clase de prendas, que por quien sabe qué tendencia, tienen un aire absolutamente oriental. En efecto, en ningunos vestidos femeninos como en éstos, se luce con mayor donaire la flexibilidad de ciertas telas que, cayendo en pliegues suaves, recuerdan las túnicas de las sultanas ó también ese corte especial absolutamente japonés que ha sentado sus reales entre los occidentales y no lleva trazas de caer.

Las formas "túnica" y "kimono" son, pues, las más llevadas en los "tea gowns."

Toda clase de fantasías se admiten en estos trajes: los adornos de hilo de oro ó plata, los bordados de seda ó con piedra, los galones, entredosos, aplicaciones, incrustaciones, encajes, lazos, etc.

Todo "tea gown" debe ser escotado y, por lo general, de cola. Parece que este detalle le da más seriedad y elegancia.

Cuanto más avanza la estación, tanto más sorprendentes son las



Innovaciones que nos trae. Para convencerse, basta con examinar las telas de invierno, que son tan ligeras y sutiles que más bien parecen estar destinadas para la estación del calor. Además: los pecheros-canesú "á jour," los cuerpos más ó menos escotados, exponen cruelmente nuestros pulmones al aire frío; los vestidos estrechos han suprimido todo refajo de abrigo; así pues: ¡cuidado con los fatales catarros y con las perniciosas bronquitis! Pero no son de temer catástrofes por culpa de la moda, que ha previsto la actual generación femenina, robustecida por el "sport," haciendo frente á esos peligros, é incluso hallando atractivo en provocarlos. Pero la moda aumenta en exageración, como lo prueban los vestidos abiertos en los bajos, creados por ciertas "confectionneuses," en busca incesante del reclamo para sus casas. El vestido abierto á los costados no es una novedad, porque ya le hemos visto hace tres años—aunque bajo otra forma,—en las carreras de Longchamps. Parece que ahora se le quiere preparar mejor acogida, probablemente por habernos ido acostumbrando, poco á poco, á todas las extravagancias de la moda. Este vestido, copiado de los modelos de la antigua Grecia, y también de los del "Directorio," no es otro que un sobrecuerpo al hilo recto, tan estrecho, que para facilitar la marcha hay que abrir una hendidura

en los bajos de 30 centímetros de longitud y dejando visible parte de la pierna.

Los vestidos de encaje, que hasta ahora sólo hemos visto este invierno, en los salones, ocupan ahora también el rango de vestidos de calle. Los gruesos "guipurs" de Venecia, los encajes de Brujas, de Cluny, etc., cuyo tono amarillento prueba su legítima antigüedad, se llevan sobre viso, de un tono rojo ó azul muy oscuro, de seda "liberty," de tafetán ó de lienzo sedoso, componiendo así, "fourreaux" ó sobre-cuerpos, por encima de los cuales cae una túnica de muselina de seda del color del fondo. Esta túnica se orilla con un bordado, tono sobre tono, de seda de "soutache" ó de perlas. Con esto, una "écharpe" de pieles bastante voluminosa, y un gracioso sombrero de estilo, tendréis, amables lectoras, la "toilette" para visitas, más bonita y elegante que se puede imaginar en la hora presente.

También suelen verse muchos bordados con diminutas perlas de porcelana; se forman motivos de estilo pompeyano ó egipcio. Si estos bordados se confeccionan de color negro y blanco, nos hacen el efecto de una pintura. En vestidos de terciopelo y de linón resultan estos bordados de excelente efecto, y pueden llevarse con igual éxito por el día que durante la noche.

Las colas han vuelto á ser de moda y ofrecen formas muy originales. La cola-tabla, independiente del vestido, se presta á las más diversas variaciones. Esta cola-tabla, cuadrada ó terminando en punta, se forra con otro color, cuando no es de un tejido enteramente diferente, ó de encaje. En algunas "toilettes" la cola parece estar cortada en unión de la pieza del dorso, y termina con dos puntas, adornadas con madroños. Otros vestidos presentan tela diferente de su cola en los mismos. Modelo de gran novedad es una falda "fourreau" de seda "liberty" color germenio, velada con muselina de seda

gris, bordada de plata, y cola, unida al "fourreau" ó sobrecuerpo, de un tejido de plata tan suave y tan sutil como gasa; cuerpo de muselina de seda y de tela de plata. Esta combinación puede repetirse en todas las variaciones para nuestras toilettes de noche.

LA REINA DE LA FIESTA

Sigue de la plana

refiriendo que la muchacha estaba en cama otra vez, con una fuerte calentura que el médico tachaba de maligna; era una recaída peligrosa que escuchaba á aquella juventud on botón.

—No éntre usted, que está dormida.
—Pero si quiero verla.... para que sepa....

—Ya, ya lo sabe, y por cierto que ha estado con el ansia de que viniera usted, preguntando toda la mañana. Se ha puesto muy contenta la pobrecita.

Habían llegado á la puerta del cuarto, cuya cerrada ventana impedía el paso de la luz solar. En su lecho, la pobre enferma, con los pómulos sonrosados por el arbol de la fiebre, yacía dormida en los negros ojos entreabiertos, realizando su sueño la metáfora del clásico: era una imagen espantosa de la muerte.

Ernesto, mudo ante aquel inesperado suceso, miraba á Lolita, en tanto que estrujaba un periódico en las manos, sin pensar siquiera que en vez de la sonrisa de la vida que fuera buscado para su alegría, se encontraba en los labios de la amada la sombra de un rictus doloroso.

Al fin, se despidió y salió á la calle, donde la luz, furiosamente, bruñía el asfalto, arrancando fulguraciones molestas.

Así pasaron ocho días, sin que cediera la fiebre, sin que el joven galeno dejara de preocupar; al noveno el médico se mostró preocupado. Era aquel día, precisamente, el señalado para que Ernesto recibiera el premio, y la enferma, que ya deliraba, no quería separarse un momento de él.

Hubo que mimarla para convencerla; prometerle una ausencia corta, y sólo entonces pudo el muchacho tomar el camino de su casa, para vestirse. Maquinalmente lo hizo; no le importaba ya aquella rosa de oro, la codiciada flor natural, que tendría que serle otorgada pocos instantes después. La reina, la verdadera, no podría recibirla llena de salud y contenta de la vida, que del árbol de la gloria cortaba un opulento gajo para ennoblecir las luchas de su amado.

Pensaba en ella, en Lola; le sobrecogían negros pensamientos; un pesimismo demolidor le ponía ante los ojos, tronchado, mustiado en plena primavera, su jardín de ensueños. Caminaba distraído, y cuando llegó al teatro en que se iba á efectuar la fiesta clamorosa, aún aleteaban en su cerebro, como rondas de carbos, encontrados pensamientos de desolación.

Uno de los amigos detuvo á Ernesto en el pórtico, al ver que este, antes de que con-

cluyera la ceremonia, se dirigía hacia la salida.

—Pero ¿dónde vas?
—Tengo necesidad de marcharme; es un asunto urgente.

—Espera un poco, siquiera á que se retire la reina.....

—¿La reina!.... La reina no era aquella de quien había recibido la flor rutilante, que, ahora, dentro de su estuche, dormía como gema maravillosa en las entrañas de la tierra. La reina estaba allí, en su pobre hogar, delirando tal vez con el triunfador.

Ernesto no oyó más y salió precipitadamente, echando á andar por las calles asombradas donde las hileras de focos daban la visión de una ciudad ilusoria.

—Todavía el estridor de los aplausos iba tocando á sus oídos salmos de gloria y le parecía ver la inmensa mancha negra de los espectadores que palmoteaban á su paso, mientras caían pétalos á su vera y bajo el trono de sangrienta púrpura, una dama hermosísima, toda florida como una deidad campestre de las teogonías gentiles, ponía en sus manos el premio á que aspiraron los más gallardos talentos.

Luego, el instante en que hizo caer sobre la muchedumbre el alma armónica de sus versos, subrayados por una estrepitosa ovación; luego.....

Estaba frente á la casa de su novia, envuelta en sombras. Entró, atravesando el patio silente, con andar acelerado, salvó la escalera y llegó al hogar de Lola.

Todo estaba iluminado y se notaba un trajín insólito dondequiera. Antes de que penetrara Ernesto, la madre de la enferma le salió al paso.

—Está muy mala, muy mala. Se acaba de ir el doctor y no da esperanzas. Ahorita se encuentra dormida. No pase usted.

Ernesto, desconsolado, no se fijó en que la señora, cuyos ojos estaban enrojecidos, tenía en la faz rugada dos hondos cauces por donde los ríos amargos de las lágrimas habían corrido abundantes.

—Necesito verla; un momento nada más.

—No, no la despierte.

Sin embargo, el muchacho continuó avanzando hasta que llegó á la recámara, y se detuvo en la mitad de la pieza.

En su lecho virginal, divinamente callada, más pálida que nunca, con las breves manos juntas como en actitud de orar, cubriendo los párpados los ojos negros, recogido el cabello á los lados, Lola, la reina de la fiesta, parecía dormir con un sueño angélico.

Desde un mueble, lleno de frascos y de pócimas, una bujía enviaba irradiaciones temblorosas sobre su rostro, donde resbalaban como pinceladas de oro.
Cerca, dos señoras en sendos asientos, velaban, silenciosas.
Entonces Ernesto se dirigió al lecho. Extraño del estuche la rosa mirífica, que se incendió un momento como un cáliz de fuego, al bañarla la luz de la bujía, y la colocó entre las manos de su novia.

Pero de pronto, toda la realidad de aquel cuadro, lo asaltó. Fué como un deslumbramiento, en que su alma quedó rota, aniquilada, hecha pedazos.

Aquel era un sueño; pero, como el de la novia del poeta, el eterno de la muerte.

Cayó de rodillas; hundió el rostro en las candidas ropas de la cama, y se puso á llorar convulsivamente.

JOSE DE J. NUÑEZ Y DOMINGUEZ

EL ESPANTO

Sigue de la plana

quillo, pensando qué le iba á decir Fermín cuando supiera que María había muerto.... Fermín llegó á los pocos días.

—Pero que venga el médico, con mil diablos—ordenó desde luego, cuando supo que la chica estaba espantada.

Las viejas del rancho movían la cabeza. El susto no lo curaban los médicos. Sólo con yerbas sanaban algunas gentes del "espanto." María lloró y se opuso cuando le dijeron que la iba á ver el médico; después, gimiendo, consintió....

Hacía ya media hora que don Gaspar, el doctor del pueblo, estaba encerrado en el cuarto de María, con una enfermera.

Cuando al fin salió, el padre y el abuelo le preguntaron ansiosos:

—¿Sanará, doctor?—y una vieja inquirió

Con 50 hijos y 250 nietos

Pues, señor... y que conste que no es cuento, que es verdad. En 1832 nació la señora de Van Wyk, que hoy vive en el Transvaal y reúne una familia como para salir de un apuro.

A los diez y ocho años se casó por primera vez. A los veinte era viuda, con un hijo. Se casó segunda vez con un viudo que tenía cuatro hijos. Enviudo al año sin nueva descendencia. Poco después contrajo matrimonio con otro viudo, padre de siete hijos, que murió á los once años, después de tener siete hijos más. La viuda volvió á casarse por cuarta vez con otro viudo que tenía ocho

con sorna: —¿Le ha sacado usted el espanto del cuerpo, señor físico?...

—Por mi vida que sí—contestó el médico, y sonreía,—yo lo aseguro, sólo que el espanto era... este pedazo de plomo que tenía la muchacha entre las costillas....

—¿Cristo me perdone!—gritó el abuelo.—¿María era el espanto!—y mientras lloraba y gemía, el padre, Fermín, más práctico, llamó á un mozo y le dijo:

—Corre y traete, á gusto ó por fuerza, á ese Juan, el hijo de mi compadre, que anda rondando desde hace días la casa. Traelo, que hay cosas que no tienen remedio. Y usted, padre, no hore más, que á no ser por el plomo de su carabina, puede que yo, al llegar, no hubiera hallado á María, ni sana, ni herida.....

JOSE MANUEL PUIG Y CASAUANC.

hijos. De este matrimonio nacieron cuatro hijos más; pero falleció el padre á los diez años, y la consolable viuda contrajo quintas nupcias, esta vez con un soltero, de cuyo matrimonio nacieron diez retoños. También falleció el esposo y también se casó su viuda con otro viudo, el Sr. Van Wyk, padre á su vez de cinco niños. Esta vez el nuevo matrimonio no tuvo más que cuatro descendientes.

La señora de Van Wyk, que tiene actualmente setenta y ocho años, reúne en su casa cincuenta hijos de todas las edades que la consideran como madre.

Los nietos no son más que 250.
¿Un pueblo!